

## Leoneses Representativos del Siglo XIX

*Jorge Eduardo Arellano*

(Charla en el Auditorio Ruiz-Ayesta de la UNAN-León / 10 de enero de 2017)

### Nota preliminar

COMO NINGUNA otra ciudad centroamericana –a excepción de la antigua capital del Reino de Guatemala–, León de Nicaragua posee 205 años de tradición universitaria. Tal es el motivo de mi presencia en esta Casa de Estudios, cuya creación se remonta al 10 de enero de 1812. Como sabemos, de esa fecha data su decreto fundacional emitido por las Cortes Generales y Extraordinarias de Cádiz; y el 24 de agosto de 1816 se inauguró solemnemente la Real Universidad de la Inmaculada Concepción de León de Nicaragua, teniendo de patronas a la Virgen María y a Santo Tomás de Aquino.

Desde entonces, la vocación universitaria –precedida del orgullo catedralicio y la conciencia de capitalidad histórica y letrada– ha constituido un elemento definitorio del *lebenswelt* –o mundo vivido– de nuestra muy noble y muy leal Santiago de los Caballeros de León.

En consecuencia, no deben olvidarse estos hechos fundacionales, ni sus protagonistas. No en vano, quien les habla ha practicado constante y plenamente la frase de Ausonio estampada en el epígrafe de *Parentalia*, libro autobiográfico del maestro universalista de México don Alfonso Reyes (1899-1959): **“El deber más santo de quienes sobreviven es honrar la memoria de los desaparecidos”**.

Por eso decidí, en esta ocasión, evocar a seis leoneses representativos del siglo XIX vinculados a la Universidad. No fueron ellos los únicos, por supuesto; pero merecen ser evocados y reconocidos en sus verdaderas dimensiones.

### Francisco Ayerdi: rector y orador sagrado

Iniciaré esta tarea con uno de los más representativos letrados de la provincia española de Nicaragua: Francisco Ayerdi (1762-1832), primer rector de la Universidad de León, a la que donara su biblioteca. Entre los cinco títulos que publicara, se destacó un tratado de filosofía escolástica: *Propositiones / et universa / Aristótelis Thomistica / Filosofía* (Guatemala, viuda de Sebastián Arévalo, 1785). En español, dejó el Sermón / en las honras funerales del Padre Don Rafael Ayesta, / celebradas el día 19 de agosto del año 1809 / en la Santa Iglesia Catedral de León de Nicaragua (1810), editado en Guatemala, imprenta de Manuel Arévalo. Uno de sus párrafos decía: Si aceptara yo a pintaros, con los

coloridos correspondientes, las virtudes, las bellísimas cualidades que adornaron a nuestro amable Rector, entonces veríais al vivo un hombre desinteresado, afable y sin doblez; un amigo fiel, sincero y compasivo, un ciudadano benéfico, enemigo de enredos y apreciador del mérito; un cristiano humilde, casto y ajeno a toda ambición y codicia; un sacerdote, en fin, celoso de la honra de Dios y de su culto, y protector infatigable de las letras.

De hecho, Ayerdi fue un continuador intelectual del presbítero Ayesta, con quien se identificaba ideológicamente. En 1791 se graduó en la Universidad de San Carlos de doctor en sagrados cánones y asumió la rectoría de la Universidad de León el 24 de agosto de 1816, ejerciendo dicho cargo hasta 1818. Dos años después, Fernando VII lo nombraba Vicario General de la diócesis, de la cual se hizo cargo en 1825 al abandonar Nicaragua el obispo Nicolás García Jerez.

Con fama de sabio como teólogo, filólogo y orador sagrado, era reconocido también por sus virtudes. En la relación de sus méritos y ejercicios literarios, José de Solano escribió: Por la buena opinión de su conducta, se halla constituido en consultor del plebeyo, del noble, del artesano, del comerciante, del soldado, del magistrado, del lego, del eclesiástico, del sano y del moribundo, siendo tal la confianza que a todos merece que le profesan generalmente un afecto filial.

Ayerdi, en fin, es considerado honra y gloria de su patria y del sacerdocio nicaragüense, al que ilustró en su doctrina y caridad.

#### Miguel Larreynaga: gloria centroamericana

Por su parte, don Miguel Larreynaga (1772-1847) es el leonés decimonónico de mayor dimensión intelectual y, después de José Cecilio del Valle (1777-1834), la más alta gloria centroamericana de la generación de la independencia; formado en Guatemala –provincia en la que realizó sus talentos como jurisconsulto, literato y científico–, no estuvo vinculado a la Universidad de León; mas fue catedrático de filosofía y retórica en el Colegio Seminario San Ramón, transformado en 1807 en Universidad menor.

Larreynaga donó parte de su biblioteca a nuestra Universidad, cuyo inventario abarcó centenares de volúmenes en español, latín y francés de carácter jurídico especialmente. Sin embargo, también se había nutrido de la tradición greco-latina, como lo revela en su ensayo “De la Elocuencia”.

Esta segunda preceptiva literaria elaborada por un centroamericano (la primera correspondió a Preceptos históricos, de Francisco de Fuentes y Guzmán, en el siglo XVII) contiene anécdotas del orador Demóstenes, de un estudiante de la Antigua Atenas entregado a la filosofía de Epicuro y de otros filósofos, aparte

de citar a Tucídetes, Trysíbulo y “la geometría de Euclides que tradujo el Padre Tosca”, todos ellos autores clásicos con los cuales estaba familiarizado. Pero eran más citados los latinos: Cicerón y el libro primero De Finibus, Horatio Flacci y el fragmento del verso **Ordinis haec virtus erit** (“La fuerza y la hermosura del orden es” —traduce don Javier de Burgos) de la “Epístola a los Pisones”; Tito Libio, Polibio, Dión y otros antiguos.

No en vano Larreynaga vertió al español, de la versión latina de George Trapizonda, la Retórica de Aristóteles. Eduardo Zepeda-Henríquez señala que esta **traducción “es suficiente como brote de la cultura humanística en Centroamérica”**. De ahí que, entre los clásicos castellanos, no podía faltar Miguel de Cervantes, cuyo Quijote **“es una de las obras elocuentes que parecen no serlo, tan llena y sencilla que no hay quien no la entienda, ni la retenga en la memoria”**. Y agrega Larreynaga:

Es tan natural que ha habido personas que creen sencillamente que hubo de verdad un Don Quijote real y verdadero. Una academia entera (la de Troyes en Francia) lo creyó así, y aun envió a España académicos comisionados que buscasen el sepulcro del pastor Crisóstomo. Lo refiere Navarrete en la vida de Cervantes que salió al frente de la edición de Arrieta. Del Quijote se hacen lenguas **para alabarlo todos los inteligentes y escritores; y uno le llama “el libro o breviario de todas las naciones y siglos”**. Pero ante este gran mérito quizá no está todavía muy alcance de los lectores comunes, y no consistente en lo que se cree sino en otra cosa.

Pero su más célebre ensayo, iniciado por un epígrafe de La República de Platón, y no sin olvidarse de Aristóteles, fue Memoria / sobre el Fuego de los Volcanes (Guatemala, Imprenta de La Paz, 1843): parangonable con la obra del colombiano Francisco José de Caldas (1771-1811), Del influjo del clima sobre los seres organizados. Cinco expositores de las teorías químicas de la época asimilaba Larreynaga: Parrot, Delanétherie, Savy, Gay–Lussac y Hoffman. Según su biógrafo y discípulo Ignacio Gómez, antes de fallecer su autor, la Memoria había sido reimpresa en México, vertida a otros idiomas en Europa y comentada **elogiosamente por la Revista Trimestral de Edimburgo”**. Además, Larreynaga **escribía cuentos, teatro (“El quebrado ganancioso”) y poemas: Entre los últimos figuraron cuatro autoepitefios**. Uno de ellos decía: No tuve arbitrio en nacer; / menos lo tuve al morir: / si quise fue sin querer, / no hice más que dejarme ir; ¿debo de algo responder?

En 1862 se compilaron en volumen cuatro de sus dictámenes jurídicos: **“Sobre hijuelas de participación de bienes hereditarios” (1843), “Consulta sobre cinco puntos de derecho” (1843), “Parecer sobre alimentos de hijos sacrílegos” (1844) y “Consultas y resoluciones sobre transacciones” (1846)**. Burócrata eficaz y escrupuloso, Larreynaga sentenciaba: El hombre debe hacer consistir su riqueza

en saber privarse de placeres inútiles para no pasar la humillación de vender su independencia. Y el verdadero decoro y esplendor consiste en no deber a nadie nada. Y en cuanto a su estilo, procedente de su formación latina, lo definió Pedro Ortiz (1859-1892): **“el concepto toma cuerpo en el lenguaje neto, propio, exento de frases rebuscadas y enfática palabrería. Casi desnudo de flores retóricas, aparte de ser concreto y sabio, tiene el mérito de la claridad y la sencillez”.**

Gregorio Juárez: sabio para su época

Precarios e inestables, a causa de la turbulencia incivil, los estudios universitarios en León y Granada no dejaron de proyectarse a nivel centroamericano, sobre todo en Costa Rica. Allí José María Castro Madriz (1818-1892), egresado de León, no solo imitaría el Mentor Nicaragüense, periódico granadino. También, como presidente de la república, decretó la erección de la Universidad de Santo Tomás el 3 de marzo de 1845, redactó sus estatutos y fue uno de sus rectores y más grande benefactor. Allí mismo, más adelante, Máximo Jerez —quien había disertado en 1837 una hora en latín durante su examen de cánones en la Universidad de León—. Introdujo el positivismo, influyendo en la juventud costarricense y en los hombres de gobierno de 1863 a 1868.

Para entonces, la Universidad de León disponía de doce cátedras. Sin embargo, la Universidad —con más de cincuenta años de existencia— llegaría a ser víctima, en 1869, de la lucha entre las fracciones oligárquicas de Granada y León. Ese año el presidente Fernando Guzmán (1812-1891) la clausuró en represalia por la revuelta que le armaron en León los generales Máximo Jerez (1818-1881) y Tomas Martínez (1820-1873). Un **“Epitafio a la Universidad”** escribió, divulgándolo en la hoja suelta el 22 de noviembre del mismo 1869, el ya casi septuagenario Gregorio Juárez. Constando de seis décimas, he aquí la primera y la última:

*Murió la Universidad  
que tuvo de fundadores  
abates y emperadores  
y también Su Santidad.  
Toda su prosperidad  
hoy dependen del amor  
de la plata o su valor.*

*Murió como la serpiente  
dilacerado su vientre  
por la pluma de un doctor...*

*De los ilustres Varones  
los Manes de Caballeros,  
Cartín, Ayerdi, Guerreros,  
Madriz, López, Quiñónes,  
recibid mis ovaciones.  
Rodead la tumba sagrada  
de nuestra madre adorada  
que a lamentarla os convida  
mi alma triste y desolada.*

¿Quién era, realmente, Gregorio Juárez? Un excepcional leonés decimonónico que vivió casi ochenta años: ¿de 1800 a 1879? Un verdadero sabio para la época. Graduado en derecho civil y cánones en la Universidad de León, como también de licenciado en medicina –tras iniciar sus estudios en Guatemala, se desempeñaba en 1860 como catedrático titular de medicina y sustituto de matemáticas y gramática.

Mas su capacidad y entrega progresista y ciudadana comprendía la elaboración y publicación de lecciones sobre agricultura, filosofía y gramática. Dedicado durante mucho tiempo a la enseñanza, abrió –a los treinta y tres años– una escuela lancasteriana en León y editó uno métodos para cultivar café y algodón, poesías y oraciones fúnebres, crónicas del pasado colonial, tratados de lógica y física, taquigrafía e higiene, más unas Curiosas intimidades de mi amor conyugal con María Josefa Narváez y mi gratitud a mis amigos y ciudadanos por su benevolencia (León, Imprenta de Minerva, 1871).

Representativo de su tiempo, también enseñó a confeccionar ruedas pastoriles, útiles para la agricultura; y fue maestro de escuela y director de colegio, bachiller en derecho civil y canónico, orador, filarmónico y poeta; catedrático de filosofía y de otras materias –matemática e historia, pedagogía y literatura–, licenciado en medicina, médico del hospital de León y del ejército, presidente del protomedicato y de la academia de ciencias, agrimensor, alcalde municipal y director de un par de periódicos, magistrado de la Corte Suprema de

Justicia y rector de la Universidad, diputado y senador, ministro y diplomático, secretario de estado y presidente interino de la República. Todos estos cargos y títulos dieron fe de su acción civilizadora, común a la de la mayoría de los intelectuales del siglo XIX.

En un par de discursos solemnes, pronunciados en León el 15 de septiembre –uno en 1864, el otro en 1875–, Juárez expresó su convicción unionista. Tomando en cuenta la coyuntura de la Guerra de Secesión, recomendaba: Hoy [en 1864] que la República de Estados Unidos se debilita por la escisión en dos Repúblicas, sería conveniente que las cinco de que se compone Centroamérica se consolidasen en una sola, para enfrentar a cada una de aquellas en detalle una política solidaria que diese más garantías de paz y de seguridad común. Al mismo tiempo, advertía la falta de bienestar colectivo y desarrollo cultural. Para ser una nación moderna, todo estaba por implantarse en Nicaragua. Entre otros adelantos: solidas Universidades, instituto de segunda enseñanza, colegio de humanidades, instrucción primaria (a partir de 1877 sería gratuita y obligatoria), veterinaria, bellas artes, bibliotecas, archivos, museos, conservatorios de música, de declamación, artes y escuelas industriales, propiedad literaria, premios para **sabios, literatos y artistas...**

En el segundo curso, el sabio leonés afirmaba que en 1875 el país aún no alcanzaba la transformación anhelada. Asimismo, veía cruzar en el horizonte social algunos jirones del manto imperial de los antiguos reyes, a saber: 1) Se oyen todavía llamar dones, usías, excelencias, ilustres, en grado superlativo a los mismos que en los Estados Unidos del Norte–América, república modelo, llaman simplemente ciudadanos, gobernadores, presidentes, senadores, diputados, etc.; 2) La milicia, o la obligación del servicio militar, pasa únicamente sobre el proletario, y está basada en los mismos principios que nos legó la dominación española. Las conscripciones se hacen a la bayoneta y se arrebatan a los mismos ciudadanos sin respetar las garantías y fueros de la agricultura, de las ciencias y **de las artes...; 3) Se castiga al reo que se evade de las prisiones, como si el instinto de la libertad, encarnado en nuestra alma, fuera un delito [...]. Y concluía Juárez:**

Si en medio de mi promesa y más esplendida festividad nacional hago mención de los restos dolorosos del antiguo régimen, que aún tenemos que reformar, es porque deseo una época, en que el 15 de septiembre nos encuentre completamente transformados en verdaderos ciudadanos de la República de Centro–**América...**

Con todo, no condenaba las costumbres patriarcales de nuestros antepasados, porque llegará un día –aseguraba– en la fraternidad será una

quimera y la caridad un objeto de lujo ejercida con profusión y ostentaba con magnificencia, pero despojada de todo sentimiento de humanidad.

La práctica de ambas virtudes lo llevó –vale la pena consignarlo– a hospedar en su casa a estudiantes de Las Segovias que venían a León para emprender sus carreras universitarias.

#### Buenaventura Selva: explicado en Harvard

Otro intelectual leonés o leonesista de la época fue el licenciado Buenaventura Selva (1820 - 1900), quien figura en la historia de la Universidad de León integrando el tribunal de examinadores de cánones y leyes durante el curso de 1859. Además, Selva apoyó la Academia Universitaria de Occidente y Septentrión –nombre efímero de la Universidad entre 1871 y 1879– impartiendo clases gratuitas con autorización oficial y perduró en esa labor docente hasta su muerte al final del siglo antepasado.

A don Buenaventura, aparte de apasionado en política, se le recordaría anciano derrochando sapiencia con entusiasmo juvenil y por ser el autor de las Instituciones de Derecho Civil nicaragüense (Managua, Tipografía de Managua, 1883), un volumen de casi 600 páginas que explicaba, aun en 1928, el decano Roscoe Pound en la Escuela de Leyes de la Universidad de Harvard.

Selva leía a Cicerón, sobre todo el tratado De natura deorum; a Virgilio y **se deleitaba en los ejercicios intelectuales de San Agustín. “En medio de nuestra falta de cultura –puntualizó Salomón a la Selva, el más alto genio poético, después de Rubén Darío– había sabios. Ni Erasmo. Ni Tomás Moro eran desconocidos. Mi abuelo paterno hablaba de ellos; y, a la vez, seguía –más de cerca de lo que se pudiera pensar– la moderna labor de Eugenio María de Hostos”. A Selva, posteriormente, le dedicarían estas líneas uno de sus discípulos:**

Profundizó en la ciencia de la Jurisprudencia con sagacidad y dominio especiales: la estudió con amor, la examinó por todas sus orillas y la dominó por todas sus alturas. Hizo gemir las prensas con la hoja suelta, con el diario, con el folleto; y, cruzado paladín de la pluma, aplaudió, censuró y fustigó, compuso himnos en prosa a la Libertad, abogó por el bien y los oprimidos, sufrió persecución y pesares por la Justicia.

#### Bruno Hermógenes Buitrago: erudito de la Jurisprudencia

La estirpe letrada de la familia Buitrago no podría estar ausente en esta evocación. Sus miembros han permanecido vinculados a la cátedra universitaria desde el más antiguo ascendiente –era su tatarabuelo– de Edgardo Buitrago Buitrago (1924 - 2009), último intelectual orgánico de esta ciudad.

Me refiero al primer Nicolás Buitrago, cuyo segundo apellido era Benavente, hijo de don Antonio Buitrago y doña Manuela María de Sandoval, Nativa y **Mendoza, Olaya y Herrera, “aquí y donde quiera”** –afirmaba con todos sus apellidos y una coloquial expresión rimada, signo del altivo orgullo de su estirpe.

A Buitrago Benavente le siguieron como eruditos en el conocimiento del derecho e insignes profesionales su hermano Pablo Buitrago Benavente (1807-1882), rector de la Universidad y Jefe de Estado; y Santiago Buitrago Benavente, tío y suegro del doctor Bruno Hermógenes Buitrago (1848-1912), cuyo anagrama era RUBÉN HUGO ORÍGENES MARMOT; y Nicolás Buitrago Matus (1890-1985), padre de los Buitrago Buitrago y cronista por antonomasia del León histórico.

Casi todos ellos se graduaron en esta Universidad. Pero aquí me limitaré a destacar la figura de Bruno Hermógenes, uno de nuestros codificadores e ilustrado catedrático entre finales del siglo XIX y principios del XX.

De él se ha trazado este boceto: La devoción del doctor Bruno Hermógenes Buitrago por la juventud estudiosa asumía caracteres emocionantes. A su calidad de catedrático en derecho civil, dominador profundo de la materia y de puntualidad ejemplar, sumaba trato afable y caballeresco y elevado espíritu de servicio que lo vinculaba reciamente con el alumnado. De aquí el inmenso cariño que le otorgaban sus discípulos, manifestado singularmente el día de su cumpleaños, al grado de transformarlo en motivo de fiesta para todo el alumnado.

Luis H. Debayle: transformador de la ciencia médica

Para concluir, me referiré breve, pero sustancialmente, a una personalidad científica y letrada a la vez: al doctor Luis H. Debayle (1865-1938), más perteneciente al siglo pasado que el antepasado.

De los seis leoneses representativos que he querido perfilar, Debayle es el más conocido y recordado. Aquí, frente a la fachada de este edificio, se erige su busto desde hace muchas décadas y quien les habla le dedicó una extensa biografía: El sabio Debayle y su contribución a la ciencia médica de Centroamérica (2000 y 2008).

En esta obra señalo su carácter fundacional, actuación protagónica durante la revolución liberal (1893-1909) y representante legítimo de la leonesidad, entre otros aspectos, pero el más importante fue su aporte a la transformación de la ciencia médica que desarrolló desde la enseñanza universitaria.

**Él fue, en esencia, un profesor. “Tenía la misión, y hasta podríamos decir la maña, de enseñar”. Así sus innovaciones en la enseñanza condujeron al auge de**



la Escuela de Medicina de Occidente y Septentrión, donde acudían estudiantes de todos los rincones del país y también de los países vecinos.

Su magisterio cotidiano abarcaba al gremio artesanal. A invitación suya, los artesanos leoneses no se perdían de las ilustrativas conferencias por medio de las cuales explicaba sus operaciones quirúrgicas y admiraban sus discursos como joyas verbales. Porque Debayle, al igual que sus coetáneos, rendía permanente culto a la palabra. Tanto que días antes de fallecer escribió varios discursos en alabanza de sí mismo, distribuyéndoles a sus discípulos para que los leyeran en su funeral.

Fue, pues, orador consagrado al tradicional panegírico leonés. En efecto, sus numerosas páginas laudatorias tuvieron de sujetos a próceres republicanos, literatos y estadistas, jurisconsultos y médicos, artistas del pincel y del pentagrama, gobernantes dignos, elocuentes profesores, todos de su ciudad natal. Y no sólo ellos. Como dijo uno de sus admiradores: **“Todo lo saliente de León fue amado, justipreciado y aclamado fervorosa y públicamente por el doctor Debayle, cuyo criterio ilustrado y justo supo dar con fruición mérito a quien lo tenía, tratándose del poderoso o del humilde, del hombre brillante o del mediocre, del acomodado o del indigente”.**

#### Bibliografía

ARELLANO, Jorge Eduardo: Historia de la Universidad de León. León, Editorial Universitaria, 1973-74. 2 vols.

\_\_\_\_\_ : Diccionario de autores nicaragüenses. Managua, Convenio Biblioteca Real de Suecia / Biblioteca Nacional Rubén Darío, 1994. 2 vols.

\_\_\_\_\_ : Literatura nicaragüense. (6ª ed.). Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1997.

\_\_\_\_\_ : El sabio Debayle y su contribución a la ciencia médica en Centroamérica. Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000.

\_\_\_\_\_ : León de Nicaragua / Tradiciones y valores de la Atenas centroamericana. Managua, Fondo Cultural CIRA, 2002.

\_\_\_\_\_ : Aventura y genio de Salomón de la Selva. León, Alcaldía Municipal, Asociación de Amigos del Teatro José de la Cruz Mena e Instituto Cultural Rubén Darío, 2003.

\_\_\_\_\_ : La bicentenario Universidad de León, Nicaragua. 1812-2012. León, Editorial Universitaria, UNAN-León, enero, 2012.

**JUÁREZ, Gregorio: “Discurso / pronunciado por comisión / de la / Honorable Academia Científica de estos / Departamentos / el memorable día de quince**

de septiembre de 1875, / año LIX de la independencia / de Centro-América / **del dominio de la antigua metrópoli**". León, Imprenta de Minerva, 1875; reproducido facsimilarmente en Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación, núm. 85, octubre-diciembre, 1994, pp. 27-32.

VALLADARES, Víctor Manuel: León romántico e inmortal. León, Los Hechos, 1954.

ZEPEDA-HENRÍQUEZ, Eduardo: "La literatura centroamericana en la época de la **Independencia**". Cuadernos Universitarios [León], núm. 23, noviembre, 1963, pp. 120-126. ■